

Descarriós de amor y paradojas de la vida erótica

Marta Gerez Ambertín
Universidad Nacional de Tucumán
Argentina

1. *Variadas añoranzas al padre y sacrificio*

¿Qué apuesta amorosa puede verse libre de algún acto sacrificial? La cuestión de los dédalos del amor va frecuentemente encabalgada a los del sacrificio correlacionados a las variadas *añoranzas del padre*.

Parafraseando aquello de: “Lo que había empezado en torno al padre se consuma en torno a la masa” (Freud, *El malestar en la cultura* 128), me permito decir: *lo que había empezado en torno al padre se consuma en torno al lazo amoroso...* que tiene siempre, en su trasfondo fantasmático, la *añoranza del padre y su revés: el anhelo parricida*. Verso y reverso de las versiones y subversiones del padre. En suma, respuestas al padre: como significante que es muerto (simbólico); o como vociferador de goce (lo real el padre) que impele a la fascinación sacrificial.

En *Subversión del sujeto...* Lacan hace una afirmación de peso en relación al amor cuando afirma “puedo en rigor probar que el Otro existe, [...] amándolo...” (Lacan, “Subversión del sujeto” 799). El amor es muy potente para encubrir la castración e inconsistencia del Otro en el afán de autentificarlo a cualquier costo y tornarlo completo, sin faltas.

¿Qué puede conducir a una mujer desde los laberintos del amor a la fascinación sacrificial? ¿Cómo y por qué este descarrió? ¿Por qué una apuesta tan insensata? Pero, ¿no es acaso siempre un exceso de goce lo que se juega en la apuesta de la vida amorosa que pretende subvertir la tesis de Lacan del: “*No hay relación sexual*”?

Esta cuestión conducirá los hilos de esta reseña del Cap. XII de mi libro *Entre deudas y culpas: Sacrificios* (Letra Viva. Bs. As., 2009), poniendo énfasis en esta actualización sobre la cuestión de la *père-version* en Lacan.

Convoco para ello a la enigmática Rose Alphonsine Plessis, o Marie Duplessis, hija de Marín Plessis y de Marianne Deshayes, nacida el 15 de enero de 1824 y muerta en París de tuberculosis el 3 de febrero de 1847.

Ficción o no, jirones de su vida abonan el fantasma amoroso de *La dama y sus camelias...* que aún hoy hace circular el *decir* de hombres, mujeres y el arco iris de la diversidad sexual.

Pocos conocen su historia, casi nadie, en cambio, ignora la ficción que la hizo famosa en *La Dama de las Camelias* de Alejandro Dumas (h), o la versión operística –*La Traviata*– de Giuseppe Verdi con texto de Francesco María Piave. Ocasión más que propicia para invitarles a la lectura de esa novela y/o deleitarse con la ópera de Verdi.

¿Por qué sigue dando que hablar? O, para puntualizarlo lacanianamente, produciendo tanto *decir* ese mito de la *dama* de las camelias, dama extraviada que se cuele en el fantasma de quienes insisten y recrean su decir cuando no su hacer. Dama ligera (*dirne*), pero al mismo tiempo *sobrevalorada* y admirada. Dos trazos que contraponen Freud en la 2ª de las condiciones del amor de su texto de 1910 “Para una particular elección de objeto en el hombre”.

En su mito ella aparece sin historia ni familia, sólo “la dama” o la “descarriada”. Pese a eso (o por eso), convoca a procurar un lugar de hija a toda costa y costo, aunque para lograrlo deba sacrificar el amor al hombre al que supone amar.

Fue breve la vida que había de abonar su mito, tenía apenas 23 años cuando muere en pleno carnaval parisino, contrapunto que explotará la ópera de Verdi donde se relanza hacia el final el *espectro del padre real* que retorna: el antes-del-padre en su animalidad, en la figura del padre-buey.

Es inevitable preguntarse: ¿qué lleva a una joven cortesana, a una dama que intercambia sexo, dinero y lujo con los hombres, a ofrecer el sacrificio de la pérdida del único hombre al que supone amar?

Efectivamente, tanto en la novela *La Dama de las Camelias* como en el libreto de *La Traviata* hay dos personajes que son centrales: “*la dama y el padre*”, y no como se cree imaginariamente “*la dama y el amado*”. Se destaca en esa pareja *el padre, el espectro del padre real*. Y no se trata sólo del padre del joven amante de la dama, hay algo más que se juega en torno a la *año-ranza al padre* que quiero destacar: el encuentro con lo peor del padre.

Llamativamente, en ninguna de esas ficciones aparece el padre de la cortesana, a la que se presenta como una mujer sin historia, sin familia ni genealogía, aunque en el libreto de la ópera ese padre va tomando sus versiones y sub-versiones: sea el padre del joven amado, sea el Dios padre –a quien la Dama pide su *redención* y que su sacrificio logre *redimirla*: volverla un ángel que glorifique a un padre–, sea finalmente el Dios padre, el rey-Momo o el Buey de la Fiesta, el Señor del carnaval (el padre-animal): ¿a qué padre se ofrece?, ¿qué padre se juega en ese horrendo goce sacrificial sino aquel que se pretende redimir de lo peor de sus faltas: el abuso e incesto?

Queriendo recuperar y restaurar al padre, *Violeta* enferma, pero también se somete a la fascinación sacrificial de la faz más cruel del padre, del espectro del padre real, aquel de la excepción no sometido a la castración, no sometido a ley alguna.

Podría decirse que Dumas o Verdi han reeditado la viejísima historia de la “virgen caída”, de la mujer ligera redimida por el amor, y a quien Freud dedica sus consideraciones en la 1ra. de las Condiciones de la vida erótica o amorosa en el hombre –“Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”– donde especifica la importancia de la “sobreevaluación del objeto amoroso” (se tratan como “*objetos amorosos de supremo valor*” a las mujeres fáciles o ligeras) y la tendencia a *rescatar* a la amada y transformarla de *degradada* a *sublime*. Pero Verdi, en su versión, no pone el acento sobre esa dualidad, sino más bien destaca una triplicidad entre la mujer degradada, la rescatada o sobreevaluada y finalmente la mujer caída a merced el goce del padre.

Pero, ¿a quién pretende redimir la cortesana?, ¿a quién ofrece su sacrificio Marie-Violeta?

La dama-cortesana debe sacrificar su lazo con el único hombre al que supuestamente ama para obtener un padre. ¿No es acaso su propósito? Restaurar a un padre sometiendo al padre del amado que le ordena salvar el honor de una hija virginal y sublime –a la que quiere como a un ángel dice– para que pueda casarse con un noble (la madre aquí brilla por su ausencia). Pero Marie-Violeta lo que anhela, con su apuesta sacrificial, es ser ubicada como esa hija amada que ella nunca pudo ser.

Además, el pedido que hace el padre del joven amado, más que pedido es un imperativo: es una mujer la que debe sacrificarse y no el hijo. Extraño trato de un padre a un hijo puesto en posición humillante: una mujer debe responder por él. Ese hombre no cuenta como partenaire amoroso... es más un *hijito* que un hombre. Ausencia del trazo de la *père-version* sobre el hijo que, de un modo u otro, está adherido al goce paterno, feminizado a ese goce al que se rebela apenas con una mueca, es una mujer la que debe renunciar a él quien está asediado de flaquezas.

Atracción fatal de Marie-Violeta a condescender al goce del padre para tornarlo consistente y asegurarse de su existencia. Paradojas de la fascinación sacrificial: para tener garantías del Otro es preciso inmolarse.

2. *Versiones y sub-versiones del padre*

Una de las sub-versiones del mito sobre Marie-Violeta es que, nacida en la pobreza, su padre biológico –conocido como “el Brujo”– abusó primero de la madre y luego de la niña, vendiéndola después. Más tarde ella habría escapado hacia París donde vivió con unos estudiantes del Barrio Latino. Allí comenzó el camino de la prostitución, perdiendo los trazos de su genealogía.

Paradojalmente, sus amantes son todos hijos de padres que ostentan nobleza o fama. La *Dama*, en cambio, carece de genealogía y filiación. Sólo se sabe de ella a partir de la «cortesana», o *extraviada*.

Pero el verdadero descarrío del que trata su drama, es el de filiación y genealogía en una hija-mujer, extravió por fuera de la *père-version*, a lo que no alcanza. Es lo que quiero destacar en esta contribución.

Ser *poseída, vendida y abandonada* por el padre, no recibir el don que la ubica en el círculo simbólico de los intercambios, ¿no la reduce, acaso, a la condición de objeto, de *cosa*?

Corte en genealogía y filiación: no poder proseguir el discurso del que el padre la priva al romper la cadena generacional que la antecede. Esa manera que el inconsciente tiene de definirse como “discurso del Otro” es atravesado para siempre por esa marca de goce. Y la oscura autoridad (superyó) de ese discurso, cuyos eslabones no pueden separarse a menos que se pague un alto precio –el de la fascinación sacrificial– es imaginarizada bajo la figura, el semblante de un padre pretendidamente idealizado, pero consistentemente horroroso y cruel. Acaso el padre real al que alude Lacan, el padre de la excepción de la castración. Por eso afirmo que la dama queda fuera del circuito de la *père-version* y es lo que voy a intentar demostrar.

3. *Entre lo peor del padre y la père-version*

Marie-Violeta, cuando cree que por fin puede compartir el don amoroso con un hombre, se ve impedida por un padre que interviene y cambia su destino. Extrañamente se acopla al goce de ese padre, se ofrece en sacrificio para armar la ficción de ser una hija amparada por un padre singular, aun cuando lo que recibe de ese padre es sólo su mal-decir y malignidad.

Cuando por primera vez se presenta el padre del joven amado dice Violeta: “*lo esperaba, era demasiado feliz*”. Lo que me permito invertir: porque era demasiado feliz ese espectro de lo real del padre, al que jamás dejó de someterse, debía retornar para derrumbarla. Compulsión de repetición a la que no puede rebelarse.

Efectivamente, lo que se juega en su sacrificio es la ruptura de eslabones simbólicos en su genealogía: a ese padre *tan peor* es preciso dar consistencia. *Esperaba* a ese padre-destino, uno de los nombres del superyó en Freud. Nunca dejó de esperarlo.

No es el amor, sino el desvarío de goce lo que se jugó allí y convocó a una añoranza del padre por el más infernal de los tormentos.

Marie-Violeta arma un padre a la medida de la falta del propio, aquel que la privó de filiación y genealogía, de la circulación de los dones al abusar de ella. Ese padre no puede ser otro que el padre terrible, el que imperativamente vocifera: “no podrás llegar más lejos... ¡nunca!”

Es allí cuando el amor no alcanza en la dama y no puede transitar por la *père-version* (*versión hacia el padre*). ¿Qué quiero decir con esto?

Lacan formula su hipótesis sobre la categoría de la *père-version* de este modo: “Un padre no tiene derecho al respeto, sino al amor, más que si el dicho amor, el dicho respeto es *père-versement* orientado, es decir hace de una mujer objeto *a* (minúscula) que causa su deseo” (*Sem. XXII. RSI. Sesión del 21 enero 1975. Inédito*).

En suma, sólo el padre atravesado por castración y ley del deseo no se basta a sí mismo ni impone la ley como le viene en gana. No es el padre de la excepción de la castración, sino aquel que representa la ley y la sostiene en la medida que *père-versement orientado* puede encontrar la causa de su deseo fuera de él, en el Otro sexo, más allá de los hijos –en caso de tenerlos–. Sólo en tal caso puede hacer lazo con sus hijos, desechando gozar de ellos.

No es el lazo que el padre-brujo estableció con su hija. Ella obtiene su triunfo en su fracaso: hacer del padre de su amante el correlato del padre que gozó de ella. Paralelo al momento de su muerte, el rey-Momo o el Buey de la Fiesta, el Señor del carnaval (el padre-animal) se abre finalmente paso y triunfa. En suma, el *espectro del padre* como *padre real* retorna, castiga y mata, reingreso de lo real del padre que no cesa, e impone el goce. “Nada peor

que un padre que profiere la ley sobre todo” (*Sem. XXII. RSI. Sesión del 21 enero 1975. Inédito*).

Son las faltas de su padre (Marín el brujo) las que amarran a la dama a una fijación de goce. Pero con su sacrificio no consigue salvar ni al padre, ni al fallido sustituto, ni a sí misma. Retorna compulsivamente al mismo lugar fatídico donde ofrecerá la vida para saldar los delitos imborrables de un padre que la hizo objeto de su goce.

© Marta Gerez Ambertín

Bibliografía

Freud, S. (1929) *El malestar en la cultura*. O.C. XXI. Bs. As.: Amorrortu. 1979.

Gerez Ambertín, Marta. *Entre deudas y culpas: Sacrificios*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009

Lacan, J. (1960) “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”.
En *Escritos II*. Bs. As.: Siglo XXI. 13ª ed. 1985.
---. *Seminario XXII. RSI*. Sesión del 21 enero 1975. Inédito